



Buenos Aires, marzo de 2019

### Circular Nº 591

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

\*\*\*

***“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.”  
(Santiago 1:12)***

Este pasaje de la Epístola universal de Santiago hace referencia a un atleta que es coronado tras ganar una competencia. En el Nuevo Testamento, la corona simboliza la vida eterna en comunión con Dios. Sabemos que un atleta no logra el éxito con un simple esfuerzo o con un esfuerzo limitado. Tiene que poner todo de sí, absolutamente todo. La determinación y esfuerzo de un atleta que está determinado a ganar la competencia es lo que se requiere de nosotros para alcanzar la corona de la vida eterna. La clave: hacerlo por amor a Dios. Él nos ha dado la capacidad de amar profundamente y en función de ello brindarnos completamente, por ejemplo a los hijos, al cónyuge, les dedicamos la vida y no es un sacrificio es una consecuencia natural de amar. El amor a Dios, nuestra dedicación a Él debe ser aún mayor, porque Dios nos amó primero, antes de formar el mundo, Él entregó a su Hijo unigénito en la cruz para que podamos ser salvos y volvamos a la comunión para la cual nos creó: para amarnos y ser amado, una comunión de amor. Entonces, nuestra dedicación debe ser completa y la determinación a corresponder su amor inamovible.

Dice al principio de este capítulo:

*“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas”.*

Parece una contradicción a nuestros intereses. ¿Tener gozo cuando somos sometidos a diferentes pruebas?

*“...sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia”.*

Allí comienza a develarse el misterio. No vivamos circunscriptos a nuestra vida terrenal concentrados en nuestro dolor o de los que nos rodean, observemos qué acontece en el alma, si lo vivimos en la fe, las situaciones que vienen generan en nosotros auténtica paciencia. Y el que es paciente no pierde la paz, no se desespera; sabe esperar en el Señor.

*“Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”.*

Volviendo al texto, vemos que Dios nos da todas las condiciones para que como ese deportista, sumando nuestro esfuerzo podamos alcanzar la corona de la vida eterna. El Apóstol Pablo la identifica como una corona de justicia en 2 Timoteo 4:8

*“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.”*

Confiemos en Dios, su justicia no es la que asumimos individualmente en nuestra pobre percepción de los acontecimientos, porque Dios conoce las intenciones del corazón, si son nobles, altruistas, simplemente basadas en sincero y auténtico amor.

En 1 Pedro también se refiere a la corona, dice que es una corona de gloria:



*“Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5: 4)*

Vale la pena luchar, ¡es una corona incorruptible, gloria que permanece para siempre, inmutable, invariable, eterna!

También en Apocalipsis hay una referencia a la corona, que dice:

*“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2: 10).*

Ante esta exhortación nos podemos preguntar qué estamos dispuestos a dar por la corona de la vida. En el Sellamiento se nos preguntó si prometíamos vivir en fidelidad al Señor hasta el fin, en el voto de Confirmación prometimos “con el serio propósito de serte fiel hasta mi fin” El éxito requiere de toda nuestra determinación y capacidad de sacrificio, de toda nuestra energía y constancia en el esfuerzo. Así es en nuestra lucha contra el pecado, como en el caso de un atleta

Dios espera de nosotros el máximo esfuerzo, ejercitarnos cada día en la superación de nosotros mismos.

También como en el caso de un atleta debemos respetar las reglas. Dice en 2 Timoteo 2:5:

*“Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente”.*

¿Cuáles son las reglas que ha puesto nuestro Padre celestial? Amar a Dios de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma y de toda nuestra mente, y al prójimo como a nosotros mismos. Bajo esas reglas debemos vivir, no bajo las reglas del egoísmo, del individualismo y del egocentrismo tan común en estos tiempos, pero también en tiempos de Jesús, Pedro en un momento le dijo al Señor: “Hemos dejado todo... ¿qué tendremos?” (comparar con Mateo 19:27), también negó a Jesús tres veces. Después lloró amargamente y el Señor lo llamó a ser la roca sobre la cual edificaría su Iglesia. Podemos pensar también en la evolución de un atleta y la que el Señor espera que tengamos nosotros hoy, vivir cada día amando más al Señor, a nuestro prójimo, a su Obra, su venida, cada día un poco más entregados al propósito que tiene el Señor para con nosotros. ¿Y cómo lograr esa evolución?

Dice también en Mateo 7:21-23:

*“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”*

Renunciemos al culto a la imagen que deseamos proyectar, ocupémonos de las cosas que no se ven (2do. Corintios 4:18), del santo temor a Dios, de alabarlo, honrarlo y glorificarlo con todo nuestro ser, guardando los mejores sentimientos para con Él, abriéndole la puerta de nuestro corazón de par en par y no a medias.

Esta “competencia”, no es entre nosotros, sino que tenemos un enemigo en común, que es el que quiere que fracasemos. A veces vemos competencias arduas, muy severas, extremas donde el triunfo es poder llegar. Aquí no se trata de quién llega primero, sino que llegar es el éxito. Entre todos tenemos que esforzarnos para poder hacerlo. A veces alguien sufre un percance y otros se detienen para colaborar, para ayudar. Al hermano que no veo hace tiempo en la comunidad, ¿me le acerco para decirle que no es lo mismo cuando él no está, que no me pasó inadvertida su ausencia y que el gozo es completo cuando podemos estar todos juntos a los pies del altar?

A su vez sabemos que el esfuerzo individual. Nadie puede salvar el alma de su hermano, es decisión de cada uno y no podemos culpar a otros de nuestra involución. Cada uno debe



brindar su máximo esfuerzo, sin excusas, ¡sabemos que la lucha es hoy! esta carrera tiene sus dificultades y uno no puede decir: “vengo fatigado, voy a esperar un poco”. No podemos elegir en qué momentos vamos a decidirnos a entregarle todo al Señor. Están las luchas, las circunstancias y están también las situaciones que son consecuencia de nuestro obrar. Hay que superarlas vengan como vengan, porque tomados de la mano del Señor sabemos que obtendremos el éxito tan anhelado, Jesús nos ha dicho que no temamos porque ¡Él venció al mundo! (Juan 16:33)

La corona también es símbolo de realeza, de alguien con poder y potestad. Nuestro Señor Jesucristo cuando regrese y seamos arrebatados con Él nos dará la corona de la vida y nos hará partícipes de su gloria. Regresaremos con Él a la tierra en el milenarismo reino de paz como reyes y sacerdotes para anunciar salvación a todas las almas de todos los tiempos, de aquende y allende. Su poder en la tierra no será terrenal sino espiritual, el maligno será atado y el testimonio llegará libremente a todas las almas, pero también allí la decisión será personal y el Señor se detendrá ante ella. Para los que tomen con determinación la mejor decisión será la misma salvación: estar eternamente en perfecta comunión con Dios.

¿Nos damos cuenta de la gracia que nos tocó? Ser elegidos para portar el don del Espíritu Santo y ser primicias con Cristo. Tenemos la mayor oportunidad de todas, de ser arrebatados, que nuestro cuerpo sea transfigurado y ser los primeros en estar con Cristo en perfecta comunión. ¿Podría algo hacer menguar nuestro esfuerzo y poner en riesgo ser partícipes cuando el Señor regrese? Debemos recordar siempre la invaluable oportunidad que el Señor nos da, no caigamos en la tentación de vivir según el mundo y sus deseos que pasan (comp. 1 Juan 2:17). Soportemos la tentación y la prueba, venciendo el mal con el bien, amando cuando no nos aman, confiando siempre en Dios: “Él dijo, ¿y no hará?” (Números 23:19).

Perseveremos con empeño en el propósito de que cuando el Señor mire nuestras almas pueda decir: “este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia” Que vea nuestro constante esfuerzo por ser una carta legible de Cristo, por ser su imagen. Se trata de determinación, esfuerzo y sacrificio, ¡la corona vale la pena! Pongamos todo nuestro corazón al servicio de Dios, éste es el momento, el tiempo de hacerlo, Dios nos guardará, y nos dará la corona de justicia, su reino y su justicia deben ser lo primero en nuestro corazón y en todas nuestras vidas (Mateo 6: 20-33).

Recordaba hace un tiempo un titular de un atleta que pensó que ya había dado la última vuelta. Llegó y se detuvo, pero faltaba aún una vuelta más y perdió la carrera. Aun si estamos en el ocaso de nuestra vida nunca consideremos que está todo hecho, que no hay más por hacer, el atleta siempre va por un poco más y así debemos hacerlo hasta el final.

También vi una foto de un atleta que llegaba a la meta gateando. Nos podríamos sentir cansados después de muchos años de luchar o sentirnos lastimados, agobiados y que nos cueste creer, conservar la fe, hagamos el esfuerzo por llegar aunque sea “gateando” al día del Señor! Es la carrera más importante. La hacemos personalmente, pero también asistiéndonos unos a otros en exhortación (comp. Hebreos 3:13) y oración, esperando juntos al Señor hoy.

Dios dará lo que nos falte, mientras tanto nos quita el peso del pecado, la oportunidad de recibir su perdón y de participar del Sacramento, la comunión con Cristo, que tiene un efecto eterno, para siempre en nuestras almas. Vengamos con sincero y profundo arrepentimiento frente al Padre.

\* \* \*